

ARQUEOLOGÍA Y PROCESOS DE CONSTRUCCIÓN DE MEMORIAS COLECTIVAS EN LA CIÉNAGA (BELÉN, CATAMARCA, ARGENTINA)

ARCHAEOLOGY AND PROCESSES OF CONSTRUCTION OF COLLECTIVE MEMORIES IN LA CIÉNAGA (BELÉN, CATAMARCA, ARGENTINA)

Juan Manuel Sallés*, Federico Wynveldt**

Resumen

A fines del siglo XIX y comienzos del XX, el Valle de Hualfín (Belén, Catamarca) fue el destino de numerosas exploraciones arqueológicas dedicadas a la extracción y compra de objetos para conformar colecciones. Un siglo después, las investigaciones arqueológicas en la región tienen métodos y objetivos muy diferentes. A pesar de estos cambios, se registra una imagen negativa del arqueólogo, a quien se asocia con el saqueo de objetos de valor económico. En este sentido, es clave abordar el problema acerca de cómo se construyó históricamente esa imagen y cómo esa historia afecta las nociones de la comunidad sobre las prácticas arqueológicas en el presente. Como un primer acercamiento a la problemática, en este trabajo se analizan las prácticas arqueológicas en La Ciénaga (Belén, Catamarca) llevadas a cabo a principios del siglo XX, partiendo de un relato de Carlos Bruch y de los manuscritos y fotografías de las expediciones Muniz Barreto. De esta manera, se busca indagar en las relaciones puestas en juego entre los exploradores y la comunidad y en su influencia en los procesos de construcción de memorias colectivas generados en torno a las prácticas arqueológicas. Finalmente, se discute la relevancia de los resultados del análisis como base para la construcción de una nueva relación entre la comunidad, la actividad arqueológica y el patrimonio.

Palabras Clave: Exploradores, Comunidad, Memoria colectiva, Arqueología, La Ciénaga.

Abstract

At the end of the 19th century and the beginning of the 20th, the Hualfín Valley (Belén, Catamarca) was the destination of numerous archaeological explorations dedicated to extracting and purchasing objects to make up collections. A century later, archaeological investigations in the region have different methods and purposes. Despite these changes, a negative image of the archaeologist is still recorded, associated with looting objects of economic value. In this sense, it is fundamental to address the problem of how that image was historically built and how that history affects the community's notions about archaeological practices in the present. As a first approach to the problem, this paper analyzes the archaeological practices in La Ciénaga (Belén, Catamarca) carried out at the beginning of the 20th century, based on a report by Carlos Bruch and the manuscripts and photographs of the Muniz Barreto's expeditions. Thus, we explore the relationships between the explorers and the community and their influence on construction of collective memories generated around archaeological practices. Finally, the relevance of the analysis results as a basis for constructing of a new relationship between the community, archaeological activity, and heritage is discussed.

Keywords: Explorers, Community, Collective memory, Archaeology, La Ciénaga

Fecha de recepción: 17-05-2021 Fecha de aceptación: 10-01-2022

El área del Valle de Hualfín (Depto. de Belén, Catamarca, Argentina) ha sido escenario de numerosas exploraciones arqueológicas que tienen sus primeros registros a fines del siglo XIX y principios del XX (Furque 1900; Quiroga 1901; Bruch 1904). Desde entonces se han desarrollado distintos proyectos de investigación sobre el pasado prehispánico

de la región que generaron una amplia bibliografía sobre temáticas arqueológicas. Durante las últimas dos décadas estas investigaciones fueron acompañadas por un trabajo de socialización sistemática a través de distintas estrategias con participación de la comunidad en muchas localidades de la región (Balesta et al. 2005; Balesta et al. 2006;

* Laboratorio de Análisis Cerámico, Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata - Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET). La Plata, Buenos Aires, Argentina. Correo electrónico: jmsallesa@gmail.com

** Laboratorio de Análisis Cerámico, Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata - Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET). La Plata, Buenos Aires, Argentina. Correo electrónico: wynveldt@fcnym.unlp.edu.ar

Barria et al. 2019; lucci et al. 2008; Zagorodny et al. 2015)¹. Sin embargo, tal como algunos de esos mismos trabajos remarcan, y según hemos registrado a partir de nuestra propia experiencia, existe un amplio desconocimiento acerca de las prácticas y resultados de las investigaciones arqueológicas. Por otro lado, a partir de indagaciones en distintas comunidades, tanto propias como de investigadores e investigadoras que han trabajado por décadas en la región, se han reconocido diferentes posicionamientos alrededor de la labor arqueológica. Hay quienes consideran valioso el trabajo para la preservación del patrimonio arqueológico y el fortalecimiento de las identidades regionales, mientras que otras personas desapruaban la presencia de profesionales en arqueología en la región —en general, no explícitamente— y tienen una visión negativa sobre su trabajo, partiendo del planteo de que los pueblos antiguos tenían riquezas y que el trabajo arqueológico consiste en descubrirlas y llevárselas. Entre estas posiciones es común escuchar a pobladores y pobladoras asociar a “los arqueólogos de La Plata” o “de Buenos Aires” como responsables de la extracción y “desaparición” de estos materiales.

Más allá de que actualmente los arqueólogos y las arqueólogas se ajustan a una estricta reglamentación en lo que respecta a la extracción, traslado, análisis y devolución de los objetos arqueológicos, la imagen del arqueólogo trasladando baúles con materiales desde las zonas rurales a un destino desconocido, con objetivos e intereses ajenos a las comunidades locales, se mantiene y, de alguna manera, continúa reproduciéndose. La construcción de un vínculo estrecho con distintos actores locales, los trabajos de divulgación del conocimiento generado, las propuestas acerca del valor potencial de ese conocimiento para el desarrollo local —como contraparte de la idea clásica del objetivo económico de las excavaciones— y la integración de la comunidad en el trabajo arqueológico, no han sido suficientes para revertir ese imaginario.

Teniendo en cuenta esta situación, un interrogante a resolver es cómo se construyó históricamente esa imagen y cómo esa historia afecta las nociones de la comunidad sobre las prácticas arqueológicas en el presente. En este punto, toma relevancia el concepto de memoria, entendido

como la interpretación y valoración colectiva de los eventos del pasado que contribuyen a la construcción de sentidos de pertenencia e identificación individuales y colectivos como parte de una comunidad (Pollak 2006). Ahondar en las memorias nos permite conocer y visibilizar el resultado de diversas imbricaciones culturales y eventos históricos que un grupo humano experimentó a lo largo del tiempo, para comprender la toma de decisiones, la mentalidad y las formas de relacionarse (Rock Núñez 2016).

A partir del concepto de memoria colectiva, este trabajo se propone analizar las prácticas arqueológicas llevadas a cabo en La Ciénaga (Depto. de Belén, Catamarca) a principios del siglo XX. Para ello se revisan las exploraciones realizadas en la región desde fines del siglo XIX y se analizan dos fuentes diferentes producidas por distintos exploradores en La Ciénaga: la obra de Bruch (1913) y los manuscritos y fotografías de las exploraciones Muniz Barreto en la década de 1920, depositados en el Museo de La Plata, que forman el corpus documental de la colección arqueológica del mismo nombre (Balesta y Zagorodny 2000; Sempé 1987). El análisis de esta información tiene como fin indagar en las relaciones generadas en el pasado entre los exploradores y la comunidad y en su influencia en los procesos de construcción de memorias colectivas generados en torno a las prácticas arqueológicas².

Historia de las Exploraciones al Valle de Hualfín

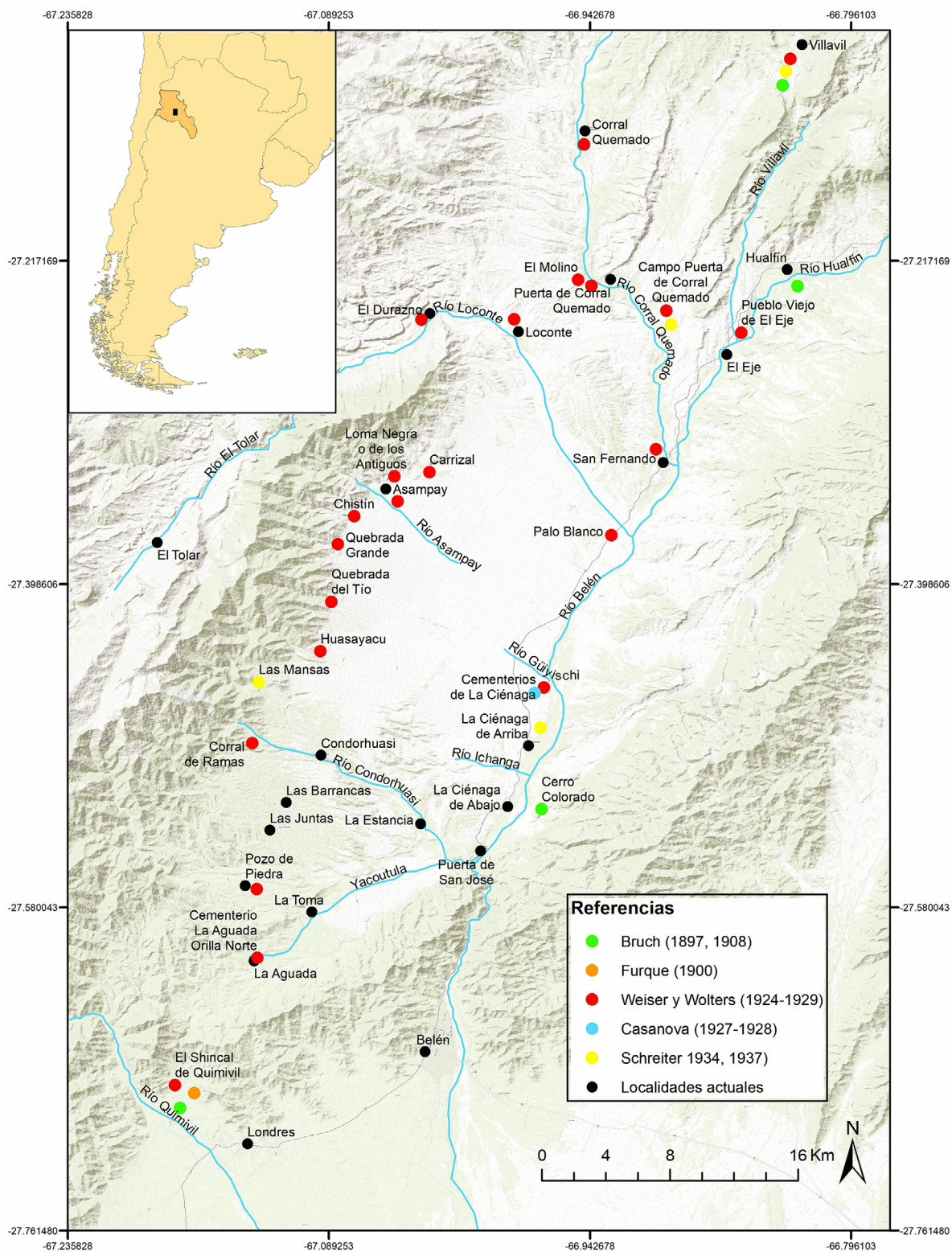
El primer registro sobre exploraciones en la región conocida actualmente en la arqueología del noroeste de Argentina (NOA) como “Valle de Hualfín” (Figura 1), corresponde a la excursión del alemán Carlos Bruch en enero de 1897 (Bruch 1904). En esa ocasión, luego de hospedarse dos meses en Andalgalá, viajó hacia Belén para visitar, en primer lugar, la Laguna Colorada, al norte de Corral Quemado, y luego, el pueblo de Hualfín, donde permaneció 15 días realizando excavaciones y relevamientos de sitios. Sin embargo, el contexto histórico de esta primera referencia obliga a considerar que, hacia fines del siglo XIX, fueron muchas las visitas de viajeros, naturalistas y arqueólogos que recorrieron esta región, entre ellos Samuel Lafone Quevedo, el Perito Francisco P. Moreno, Max Uhle, Juan Bautista Ambrosetti, Hilarión Furque y Adán Quiroga (Farro 2008; Furque 1900; Quiroga 1901).

1 Otras actividades recientes fueron los talleres de realización audiovisual y patrimonio cultural a cargo del Laboratorio de Análisis Cerámico y el Colectivo de Investigación en Patrimonio, Antropología y Audiovisual, destinados a jóvenes de las localidades de Puerta de Corral Quemado, Puerta de San José y Asampay. Este proyecto fue llevado adelante durante 2019 y consistió en la realización, por parte de las y los jóvenes, de sus propios audiovisuales. De esta manera, se buscó fomentar y estimular la creatividad, tejiendo redes con la difusión del patrimonio cultural como posible herramienta de transformación social, artística y económica en las realidades locales. En el año 2020 con la creación del Podcast Pasados Conversados sobre arqueología en el Valle de Hualfín, presentado en la mesa Prácticas Sociales y Educativas en el Territorio del XI Congreso Nacional de extensión y VII Jornadas de extensión del Mercosur (<https://www.youtube.com/watch?v=WRSy4c-VyAA>). Lamentablemente, estas actividades fueron suspendidas debido a la situación sanitaria del país.

2 Cabe destacar que este es un primer acercamiento a la problemática de los procesos de construcción de las memorias colectivas en torno a las prácticas arqueológicas en el Valle de Hualfín. El proyecto de investigación incluye además estudios etnográficos en profundidad, cartografía social vinculada a la construcción de mapas desde la perspectiva local y el desarrollo de propuestas de elaboración comunitaria de guiones de museo, recorridos de sitios y documentales relacionados con el patrimonio cultural en general y la materialidad arqueológica en particular.

Figura 1

Mapa del Valle de Hualfín (Departamento de Belén, Provincia de Catamarca), con la indicación de los lugares visitados por distintos exploradores y arqueólogos, desde fines del siglo XIX hasta la década de 1930 inclusive.



Años después, Bruch realizó dos nuevas expediciones que abarcaron gran parte de la provincia de Catamarca. En la segunda de ellas, entre febrero y marzo de 1908, visitó nuevamente el pueblito de Hualfín y realizó excursiones a Villavil, Aguada de Dionisio, La Ciénaga, Belén y El Shincal. Como producto de esta exploración, publicó una gran obra en la que describe con detalle numerosos aspectos relacionados con los sitios arqueológicos de época tardía e inka, entre ellos, el sitio que hoy llamamos Cerro Colorado de La Ciénaga de Abajo (Bruch 1913).

En la década de 1920, el Valle de Hualfín fue el principal foco de las expediciones financiadas por Benjamín Muniz Barreto, llevadas adelante por el Ingeniero Wladimir Weiser, acompañado por su asistente Friedrich Wolters, quien lo reemplazó tras su muerte en 1926. Weiser y Wolters, ambos europeos y germanoparlantes, recorrieron prácticamente la totalidad de las localidades y parajes del valle, excavaron infinidad de tumbas y registraron la gran mayoría de los contextos funerarios con ilustraciones de las estructuras funerarias. De esta manera, se conformó la colección Muniz Barreto, actualmente depositada en el Museo de La Plata. La riqueza de la documentación adjunta a las piezas arqueológicas —que no se agota en los contextos funerarios, sino que incluye también numerosos mapas de localidades, planos de poblados arqueológicos y fotografías— hace de esta colección una de las más valiosas fuentes de información sobre los grupos prehispánicos del NOA. Otros exploradores e investigadores que visitaron la región en esos años fueron Salvador Debenedetti, Eduardo Casanova y Karl Rudolf Schreiter.

A comienzos de la década de 1950, Alberto Rex González inició en el Valle de Hualfín un profundo cambio en la arqueología argentina a partir de la construcción de la primera secuencia cronológica para el NOA con la aplicación de nuevas metodologías (González 1955). Este trabajo fue realizado en base a información de los materiales de la colección Muniz Barreto del Museo de La Plata procedentes del valle y a las propias excavaciones de González en numerosos sitios de habitación (González y Cowgill 1975). Las referencias brindadas en sus publicaciones y en diarios y anotaciones de campo muestran que, al igual que Weiser y Wolters, recorrió prácticamente todos los rincones del valle y alrededores, acompañado de varios de sus discípulos y estudiantes.

Desde la década de 1980 hasta el 2000, las investigaciones arqueológicas estuvieron enfocadas principalmente en Asampay, bajo la dirección de María Carlota Sempé, y en el sitio inka El Shincal de Quimivil con los trabajos de Rodolfo Raffino. En este último sitio, se realizaron trabajos de puesta en valor que implicaron la reconstrucción de gran parte de las estructuras arquitectónicas. En el siglo XXI comenzó

una nueva serie de trabajos arqueológicos en distintas localidades, dirigidos por Bárbara Balesta, Nora Zagorodny —y que continuamos actualmente—, que incluyeron prospecciones y excavaciones en varias localidades del valle (Balesta y Zagorodny 2010; Iucci 2016; Wynveldt 2009; Wynveldt y Balesta 2018, entre otros). Además, en los últimos años, distintos equipos de trabajo formados por Raffino continuaron sus investigaciones sobre la época inka, principalmente en El Shincal, Quillay y el sitio Hualfín-Inka, descrito por Bruch en su primera excursión de 1897.

Más allá de los exploradores pioneros y de quienes ejercieron la arqueología desde mediados del siglo XX en la región, deben tenerse en cuenta otros personajes, vinculados o no a la academia, cuyas prácticas en el campo para la mayoría de la gente podrían catalogarse como “arqueológicas”: geólogos, topógrafos, paleontólogos, biólogos, huaqueros o turistas aventureros, muchos de ellos seguramente desconocedores de las leyes vigentes y de las formas apropiadas para la preservación de sitios y materiales arqueológicos.

Memoria y Memoria Colectiva

Con el fin de analizar los procesos de construcción de memorias generados en torno a las prácticas arqueológicas en la comunidad, esta temática desde la propuesta de Pollak (2006), que piensa las memorias como mecanismo de lucha utilizando el concepto de “memorias subterráneas”, donde resalta la presencia de memorias dominantes que imponen una visión oficial sobre acontecimientos del pasado (como es el caso de las memorias nacionales), en oposición a otras memorias pertenecientes a grupos minoritarios, dominados, que actúan desde el silencio esperando momentos propicios para manifestarse y tomar visibilidad.

Considerando que las exploraciones que analizamos se desarrollaron en los momentos en que se estaba constituyendo el estado nación, y esto demandaba la necesidad de legitimar su dominio sobre el territorio, las investigaciones de los científicos se posicionaron en un lugar privilegiado, como parte del discurso dominante, al hacerlos responsables de brindar los fundamentos que permitieran legitimar su dominio político. En este contexto, las interpretaciones de los investigadores se impusieron como lecturas oficiales de los eventos del pasado, dejando marginadas aquellas memorias que no encajaran en los discursos oficiales, como puede tratarse de las memorias indígenas y locales, limitada a una circulación situada y a ámbitos más familiares y cerrados.

Siguiendo con este lineamiento, consideramos la definición de memoria como un proceso colectivo de interpretación y preservación de acontecimientos del pasado que configuran y fortalecen, a veces de manera consciente, sentidos de pertenencia o límites sociales entre colectividades. La alusión al pasado puede favorecer la cohesión en los

grupos e instituciones sociales, además de definir su lugar, su constitución y sus oposiciones.

Por lo tanto, la memoria es una construcción colectiva que permite la producción de sentido individual y grupal, genera distintos niveles de identificación y pertenencia, crea identidades diversas, las mantiene unidas a una historia, a un pasado común y a veces a un territorio y a experiencias compartidas vividas en comunidad. El encuadre de las memorias individuales en una memoria colectiva puede registrarse en los puntos invariantes de los discursos de distintos miembros de una comunidad, donde se expresan experiencias sociales, compartidas o no, que son inmutables y que portan todos. Los testimonios pueden ser fluctuantes, pero hay puntos específicos que no cambian y responden a una versión grupal de los acontecimientos históricos sobre los que se habla (Pollak 2006).

Para trabajar sobre estos mecanismos individuales y comunitarios de constitución de memorias, Pollak delineó algunos elementos constitutivos de las memorias colectivas e individuales que contribuyen a la comprensión de su funcionamiento. Entre estos elementos distingue, en primer lugar, los acontecimientos vividos personalmente, es decir, vivencias relacionadas con experiencias subjetivas, y, por otra parte, los acontecimientos vividos indirectamente, que aluden a aquellos sucesos adoptados por las personas como integrantes de una comunidad o de la que se sienten parte. Entre estos últimos se incluyen experiencias en las que el individuo pudo no haber participado, aunque, por la relevancia que tienen dentro de la vida colectiva de las comunidades, originan en el imaginario individual la certeza de su participación; incluso, en algunos casos, pueden considerarse parte de eventos que ocurrieron en momentos y espacios diferentes a los vividos por la comunidad. Este fenómeno puede explicarse a partir de procesos de socialización política o histórica que generan la incorporación e identificación de un colectivo con un pasado específico; es decir, una memoria casi heredada (Pollak 2006).

Algo similar ocurre con otros elementos definidos por el autor: las personas y los personajes. En estos casos, se distinguen los vínculos establecidos directamente entre personas con las que se relacionaron a lo largo de la vida y que formaron parte de las vivencias individuales directas, y los personajes, asociados con individuos con los que hubo una relación indirecta, pero cuya presencia tomó cierta relevancia que los hizo conocidos por toda la comunidad, incluso, como en el caso de los acontecimientos, cuando no compartieron el mismo espacio-tiempo de los individuos que los recuerdan.

Por último, Pollak menciona los lugares, es decir, espacios relacionados con recuerdos y experiencias personales que pueden no tener un respaldo cronológico, y, en el ámbito colectivo, espacios donde ocurrieron acontecimientos importantes para la comunidad que los considera espacios de conmemoración y de apoyo de las memorias, y que sirven para la evocación de un recuerdo que vivió el grupo. Estos lugares pueden incluir espacios lejanos, de otro tiempo, con una carga simbólica y de conmemoración de importancia para la comunidad.

A partir de estos conceptos, se analizaron las relaciones entre los antiguos expedicionarios y la población local, tomando como referencia el área de La Ciénaga, buscando reconstruir los vínculos generados en esos encuentros. Las fuentes analizadas fueron la mencionada obra de Bruch (1913) "Exploraciones Arqueológicas en las Provincias de Tucumán y Catamarca", que contiene el relato de dos exploraciones que realizó encomendado por el Museo de La Plata en los años 1907 y 1908, y que incluye una visita a La Ciénaga, y la documentación de la colección Muniz Barreto del Museo de La Plata, conformada por los manuscritos de los diarios de viaje y las libretas de campo de Wladimir Weiser de sus visitas a la región en 1924 y 1925 y algunas fotografías tomadas por Friedrich Wolters.

Carlos Bruch en La Ciénaga

A lo largo de su recorrido por Tucumán y Catamarca, Bruch (1913) describe e ilustra detalladamente las características generales de cada uno de los lugares que visitó. Respecto al poblado de La Ciénaga, comenta que "llegaron" allí un 3 de marzo de 1908 para realizar una "misión especial", la de visitar la propiedad de una señora llamada Zenona Ochoa, en un lugar conocido como El Baño. Allí "recibieron" información de la ubicación de ruinas, antiguos "panteones" (tumbas) y otras construcciones aisladas localizadas sobre un cerro a tres kilómetros de esa vivienda; las ruinas mencionadas corresponden al sitio arqueológico que actualmente conocemos como Cerro Colorado (Figura 2). Bruch dibujó la distribución de las construcciones y registró varios sepulcros ya saqueados en las laderas y en la cima, y aclaró que solo pudo hacer "un registro muy somero durante las contadas horas de nuestra estadía" (Bruch 1913:159). Posteriormente, de vuelta en la casa de Zenona Ochoa, "recuperaron" algunos objetos arqueológicos hallados antes de su llegada por Juan Carrión, un peón que se encontraba cavando surcos en esa propiedad. En las páginas siguientes se observa la descripción detallada y dibujos de esos objetos, acompañados con un número de inventario.

Figura 2.
Fotografías del sitio arqueológico conocido actualmente como Cerro Colorado de La Ciénaga de Abajo.



Arriba: imagen tomada por Bruch en 1908 (Bruch 1913: Lámina XXV).
Abajo: imagen tomada por nosotros en 2008.

El análisis de este relato nos llevó a indagar en algunos detalles que fueron omitidos. Uno es el caso de su único acompañante durante la travesía, que según lo relatado, lo acompañó durante todo su viaje desde Andalgala; un arriero del que se desconocen las circunstancias de su contratación y para quien no se menciona su nombre, su lugar de procedencia o algún detalle sobre su conocimiento de la zona, pero cuya presencia lleva a Bruch a usar el plural en distintas ocasiones. ¿Quién era?, ¿tenía alguna experiencia en la actividad o algún conocimiento de la región?, ¿solo le brindaba a Bruch su fuerza de trabajo? Otro es el caso de Zenona Ochoa y Juan Carrión; estas personas sí fueron incluidas en el relato. La primera quizás fue mencionada debido a la ayuda que brindó a los viajeros al orientarlos para encontrar las estructuras arqueológicas; por otro lado, Juan Carrión fue incluido en la descripción gracias al hallazgo

que realizó previo a su llegada y por “facilitarles” los materiales producto de ese hallazgo a los viajeros. A pesar de la participación clave de estos individuos en la travesía, se desconoce exactamente la naturaleza de las relaciones que establecieron con ellos y los vínculos entre la dueña de la propiedad, sus familiares y los peones que allí trabajaban.

En el análisis de las fuentes documentales, si bien es importante prestar atención a lo que está presente en el documento, también debe considerarse qué es omitido por el creador de la fuente, es decir, las ausencias y silencios del relato (Nacuzzi y Lucaioli 2011). Pensar en esas ausencias en la obra de Bruch nos lleva a preguntarnos puntualmente cómo se generó el contacto con la propietaria de la casa, bajo qué condiciones orientó a los exploradores, si se le dio algo a cambio de esta información, si colaboró por cortesía, si buscaba diferenciarse del resto de la comunidad o algún reconocimiento de parte de los visitantes. Algo similar pudo ocurrir con los objetos encontrados por Juan Carrión: ¿cómo se enteró Bruch de su descubrimiento?, ¿los objetos le fueron comprados?, ¿los entregó voluntariamente?, ¿cuántos casos similares de ofrecimientos de objetos pudieron presentarse y no se llegó a ningún tipo de arreglo?, ¿fue este el motivo por el que estos detalles no fueron incorporados al relato? Si bien no hay respuestas a estas preguntas, su planteamiento nos permite pensar en los tipos de relaciones posibles entre los exploradores y la población local, que pudieron involucrar un entramado de intercambios comerciales alrededor de los objetos y la información, así como también otras formas en las que no existió un beneficio económico para las personas involucradas de la comunidad. A esto se suma la impronta que pudo dejar el hecho de que este explorador proveniente del exterior se llevara los objetos a un lugar desconocido.

Diario de Campo y Fotografías de la Colección Muniz Barreto

En el conjunto de escritos de Weiser realizados durante las campañas arqueológicas a su cargo, se describen sus viajes por distintos pueblos de la provincia de Catamarca, a los que llegó recomendado por Lafone Quevedo, Salvador Debenedetti y Carlos Bruch. En este caso, se analizó particularmente el diario correspondiente a la séptima expedición que tuvo lugar entre el 8 de noviembre de 1924 y el 4 de mayo del siguiente año (Weiser y Wolters 1920-1929). Allí Weiser y Wolters realizaron trabajos de exploración y excavación de cementerios arqueológicos. En el diario se narra la llegada a la localidad, los preparativos para la instalación del campamento y algunas deliberaciones sobre el lugar más propicio para su montaje en función del desarrollo de las actividades. También se menciona que algunos pobladores de la zona les ofrecieron sus hogares para hospedarlos, pero los viajeros prefirieron instalarse en campamentos cercanos a la zona donde planeaban realizar las excavaciones.

Se prestó especial atención a las referencias acerca de la interacción con los pobladores locales, como la visita a gente conocida en otras campañas, a los puestos, a los propietarios de los terrenos a prospectar y a otros individuos de los cuales se conocía que poseían piezas arqueológicas y que estaban dispuestos a venderlas. Esta información era brindada por los peones o los baqueanos que colaboraban con los expedicionarios. La mayoría de los vínculos establecidos con estas personas se dieron por relaciones generadas en exploraciones previas o por el hecho de que los visitantes fueran enviados por quienes los recomendaron, que gestionaron su recibimiento para que se les brindara apoyo durante su estadía. Uno de los objetivos de estas visitas era obtener información sobre el hallazgo de objetos arqueológicos y sobre algunos indicios de la localización de cementerios antiguos. También estos encuentros eran aprovechados por la comunidad para ofrecer y vender objetos arqueológicos que eran encontrados en el campo. En esas transacciones debió ser común la especulación respecto al precio de los objetos, como se evidencia en uno de los relatos en el que una puestera le enseña a Weiser una pieza que ella consideraba un tesoro. Weiser decidió simular desinterés para luego intentar comprarla. Posteriormente este objeto aparece catalogado en sus libretas, lo que da a entender que logró su cometido y concretó la operación, como describe en su diario:

Aquí (en la quebrada del Carrizal) me muestran una linda Tinaja (683/4128), de cuello estrecho, hecha de alfarería fina y amarilla con dibujos de rayas verticales sobre la parte superior de la panza. Por ver que la actual propietaria cree que tiene un tesoro, no demuestro gran interés por comprarlo y dejo también este negocio para un tiempo posterior (Weiser 1925, 7ma. Exped. pp. 64-65).

Respecto a sus acompañantes, el autor menciona a su compañero de trabajo Friedrich Wolters, a quien delegaba los trabajos de excavación cuando decidía hacer alguna visita o reconocimiento en la zona o cuando se ausentaba por algún viaje. También era acompañado por baqueanos y peones; sin embargo, en el escrito solo se menciona el nombre de los primeros, que cambiaban constantemente según el conocimiento que poseyeran de la región. De la identidad, nombre o procedencia de los peones se tienen pocas o ninguna referencia; también es escasa la información sobre las circunstancias de su contratación. Sin embargo, el autor hace observaciones en las que expresa la admiración que siente por sus peones, enfatiza su buen ánimo, a pesar de las condiciones desfavorables que se presentaban durante el trabajo, destaca su habilidad para recuperar los objetos de los cementerios y recalca que el éxito de una campaña dependía de la selección de buenos peones.

Por otra parte, en algunas circunstancias la relación entre patrón y empleado parece haber sido tensa y debió haber implicado una constante negociación entre los intereses de los exploradores y los jornaleros. Una consecuencia de estas negociaciones resultó ser el final adelantado de la expedición, debido a que la mayoría de los peones habían sido contratados para la zafra en los ingenios azucareros de Tucumán. Weiser describe que, a pesar de todo, algunos de ellos colaboraron con el traslado de los objetos arqueológicos hasta el tren que los llevaría hasta Buenos Aires.

Las fotografías de la colección Muniz Barreto son un importante complemento para la información de los diarios y libretas. Cada una posee un número de identificación y un epígrafe en el que se menciona el lugar y, en algunos casos, una breve descripción, que puede incluir referencias al paisaje, a acciones o a personajes. De esta manera, fue posible identificar 22 fotografías tomadas en La Ciénaga de Belén. En ellas se registraron paisajes, distintos momentos de las tareas realizadas y personas, algunas de ellas mencionadas con nombre y apellido.

La fotografía núm. 1209 (Figura 3) fue tomada en uno de los campamentos montado en las exploraciones en La Ciénaga, contextualizando una parte de la cotidianidad de esas instalaciones. Las fotografías de la Figura 4 registran el proceso de organización y embalado de las piezas arqueológicas que fueron extraídas de los sitios, y de la Figura 5 muestran el traslado de estos objetos a Belén y, finalmente, a la estación de ferrocarril Cerro Negro (Figura 5), localizada en el límite entre Catamarca y La Rioja, hoy abandonada.

Estas imágenes nos permiten pensar en las posibles relaciones que establecieron estas expediciones con la población. En la mayoría de las fotos se puede ver a un grupo de hombres trabajando o descansando, lo que ilustra la forma de vinculación con la población local empleada para las labores de excavación, embalado y transporte de los objetos arqueológicos.

Otro tipo de fotografías incluidas en la colección son las fotos tomadas a ciertas personas o a las familias posando en sus casas. Estas imágenes coinciden con los relatos de Weiser en sus diarios acerca de las visitas a las casas de algunos personajes locales que eran propietarios de los terrenos a excavar con el fin de solicitar permiso, en calidad de invitados, para comunicar las labores que estaban realizando o para recabar información, entre otras posibilidades. Este es el caso de Zenona Ochoa, quien fuera visitada por Bruch en 1908, y luego por Weiser y Wolters, quienes la fotografiaron y mencionaron con nombre y apellido (Figura 6).

Figura 3



Fotografía N°1209. Colección Benjamín Muñiz Barreto, División de Arqueología, Museo de La Plata.

Figura 4



Arriba: fotografía N°1212; cajones con hallazgos listos para el transporte.
Abajo: fotografía N°1214; se cargan las mulas en Belén.
Colección Benjamín Muñiz Barreto, División de Arqueología, Museo de La Plata.

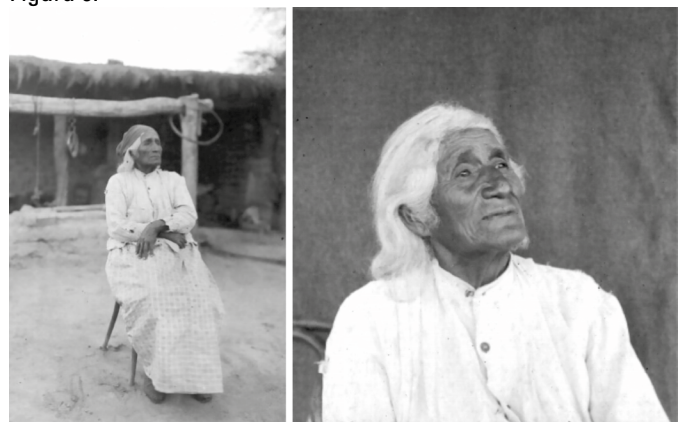
Figura 5.



Arriba: fotografía N°1213.

Abajo: fotografía N°1215. Colección Benjamín Muñiz Barreto, División de Arqueología, Museo de La Plata.

Figura 6.



Zenona Ochoa. Izquierda: fotografía N°1239.

Derecha: fotografía N°1240.

Colección Benjamín Muñiz Barreto, División de Arqueología, Museo de La Plata.

El contenido de las imágenes nos lleva a preguntarnos por el impacto de estas dinámicas sobre la construcción de los discursos y de las memorias de la comunidad. Por un lado, estarían los relatos de quienes fueron contratados y trabajaron para los exploradores, con un conocimiento más exacto sobre las tareas realizadas y los materiales recuperados y, seguramente, condicionados por las distintas impresiones que pudo generar la relación patrón-empleador. Por otro lado, estarían las impresiones y discursos contruidos por quienes no participaron de estos trabajos, pero sí presenciaron el traslado de innumerables cajas desde el campamento hacia afuera del poblado y dejaron que, de alguna manera, esas cajas fueran llenadas con su imaginación.

Configuración de Memorias Colectivas Sobre las Exploraciones Arqueológicas en La Ciénaga

Con el fin de lograr un acercamiento al proceso de construcción de las memorias en La Ciénaga en relación con las exploraciones arqueológicas de principios del siglo XX, analizaremos los distintos elementos mencionados por Pollak (2006) como relevantes para la configuración de las memorias colectivas. En los tres casos trabajados, los acontecimientos tuvieron aparentemente cuatro grupos diferentes de participantes: exploradores, peones, baqueanos y algunas familias visitadas por los exploradores. Respecto a los peones y baqueanos, ambos participaron de los acontecimientos personalmente y estuvieron vinculados de primera mano con todas las actividades relacionadas con la expedición; dado su conocimiento de la región, es probable que ellos colaboraran con la identificación de los sitios arqueológicos; además tenían una especial habilidad para la extracción de objetos. Estas personas supieron qué objetos se extrajeron y cuáles se transportaron desde los sitios arqueológicos.

Por otra parte, están quienes ofrecieron o presentaron objetos arqueológicos a los visitantes, que en muchos casos desconocemos si les fueron comprados, entregados voluntariamente o si fueron disuadidos para hacerlo. Algunas de estas personas seguramente solo tuvieron contacto con los exploradores en el momento de la transacción. En relación a las familias visitadas por los viajeros, es posible que la mayoría de sus integrantes solamente escucharan de boca de los exploradores —y luego de los peones y baqueanos— qué tipo de actividades se realizaban en la zona. Finalmente, es probable que el resto de la comunidad solo supiera de la presencia de los exploradores y que escuchara (y transmitiera) rumores sobre sus actividades. En este sentido, tanto quienes se acercaron para realizar alguna transacción como la mayoría de los miembros de las familias y de la comunidad estarían vinculados solo indirectamente con los acontecimientos vividos. El impacto que generó en este sector de la población el hecho de observar las tiendas de campaña y los animales cargados con cajas de contenidos desconocidos

alejándose, así como los rumores que pueden haber circulado sobre esos extraños personajes foráneos, debió ser muy significativo. Estos elementos seguramente aportaron a la construcción de varios imaginarios que entran distintas visiones de la comunidad sobre estos visitantes; por un lado, una visión favorable de aquellos que pudieron verse beneficiados económicamente con estas visitas, a partir del trabajo y la posibilidad de vender alimentos y objetos arqueológicos; y por el otro, una versión menos favorable sobre estos viajeros, asociada con la extracción de objetos, respaldada principalmente por esa materialidad observada.

Otro de los elementos para el análisis de las memorias colectivas son las personas y los personajes. La referencia a las personas implica la participación en las experiencias vividas en primera persona, junto a los exploradores. En este conjunto ya mencionamos anteriormente a los baqueanos, los peones y las familias. Por otro lado, la alusión a los personajes supone la construcción del imaginario colectivo cimentado por contactos indirectos alrededor de los visitantes, alimentada por la mirada espectadora y los rumores que envolvían esas visitas. Estas versiones habrían vinculado a los extraños con la extracción de “tesoros”, a lo que se añaden las prolongadas estadías en la región durante los trabajos de excavación que contribuyeron a la asociación del saqueo con los “arqueólogos” en las memorias individuales y colectivas.

Finalmente, con respecto a la relevancia de los lugares en las memorias colectivas, cabe destacar que el interés compartido por los exploradores y, posteriormente, por distintos agentes ligados a la arqueología, en los objetos y vestigios arqueológicos, junto a las visitas reiteradas a determinados lugares de la región por su importancia científica, con el paso del tiempo generaron una asociación entre esos espacios y la extracción de piezas arqueológicas. A quienes buscan y visitan esos lugares, se los identifica con quienes suelen llevarse esos materiales —ya sea legal o ilegalmente—. En este último grupo, también se encuentran algunos pobladores locales, que en ocasiones realizan actividades de huaqueo. Esta relación entre exploradores, arqueólogos y huaqueros con los lugares “de antiguos” le otorga a estos espacios una carga simbólica particular. Y, en este sentido, también es importante considerar la existencia de otros tipos de valoraciones atribuidas por la comunidad a esos materiales y espacios arqueológicos, por ejemplo, las que apuntan a una identificación entre las poblaciones actuales y las prehispánicas (Mancini et al. 2017). Si bien en La Ciénaga y en las localidades aledañas aún predomina un posicionamiento que niega una relación directa o indirecta con los pueblos originarios, también circulan discursos que reconocen un vínculo profundo con el pasado local, que en los últimos años se han hecho explícitos a partir de la conformación de nuevas comunidades indígenas en la región.

En este punto, es muy importante indagar en el significado atribuido por esas personas a los sitios arqueológicos y en la manera en que se ven afectados —lugares y personas— por la actividad de quienes ejercemos la arqueología en la actualidad.

El hecho de que, como hemos planteado, estos espacios se asocien a las prácticas de extracción, nos permite considerarlos como espacios de conmemoración, que buscan rememorar, es decir, no olvidar, las actividades que allí se llevaron a cabo, en este caso, la extracción de objetos que eran del lugar y que no volvieron a ser vistos por la comunidad.

A estas espacialidades asociadas con las actividades arqueológicas se pueden agregar otros espacios distantes en relación a la comunidad. En la primera fuente analizada, Bruch menciona que fue encomendado por el Museo de La Plata con la misión de adquirir nuevas piezas para su colección. Posteriormente, Weiser y Wolters fueron enviados a la región por Benjamín Muniz Barreto, quien fue el fundador de la colección que lleva su nombre, que posteriormente fue comprada por la Nación y depositada en el mismo museo. Estos hechos fueron sumando elementos a la creación de una imagen de este establecimiento como el lugar de destino de los “tesoros” que se llevaron los exploradores. Esta imagen perdura a pesar de que, como mencionamos, fueron múltiples las instituciones y los actores que intervinieron en el derrotero de los materiales. Por otro lado, las investigaciones arqueológicas hoy en día se realizan en el marco de leyes nacionales (Núms. 25.517 y 25.743) y provinciales (Núms. 4218, 4831 y 5158) que las regulan estrictamente y que implican la devolución de los materiales a la Dirección de Antropología de la provincia. Pero, dada la ausencia de museos o instalaciones que permitan el depósito de los materiales en las localidades de origen, su destino final es la capital provincial, y así, quienes ejercen la arqueología siguen siendo de hecho responsables de llevárselos.

Discusión Final

En este trabajo hemos indagado en la construcción histórica de las memorias en torno a las exploraciones arqueológicas en La Ciénaga y su influencia en las nociones de la comunidad sobre las prácticas arqueológicas en el presente. En primer lugar, el recorrido histórico presentado en la síntesis de los antecedentes de los trabajos arqueológicos en el Valle de Hualfín nos permite afirmar que, desde fines del siglo XIX hasta mediados del XX, las exploraciones presentan algunos elementos en común tales como que fueron realizadas en su gran mayoría por hombres, extranjeros o foráneos, o por peones enviados por ellos, y sus actividades consistían en la excavación o compra de piezas arqueológicas, principalmente extraídas de contextos funerarios, que eran sistemáticamente colocadas en cajones y llevadas a lomo de mula a Belén para luego ser trasladadas en tren a Córdoba,

Buenos Aires o Tucumán. Desde la década de 1950 hasta fines del siglo XX, si bien las metodologías y los objetivos de las excavaciones fueron diferentes, los materiales —ya no piezas enteras, sino mayormente fragmentos de vasijas, artefactos líticos y restos de carbón— continuaron trasladándose fuera de la región y la imagen del arqueólogo por parte de la comunidad no se modificó profundamente.

Por otro lado, el análisis de las fuentes documentales consultadas, que incluyeron la narración de la visita de Bruch a La Ciénaga en 1908 y los diarios y fotografías de la séptima expedición Muniz Barreto, nos llevó a considerar la relación entre esas exploraciones y su influencia e integración en las memorias individuales y colectivas de la comunidad de La Ciénaga, que a la vez generaron la proyección de las actividades desarrolladas por los exploradores en el pasado a las desempeñadas por los arqueólogos y arqueólogas en el presente.

Al revisar las experiencias individuales que involucraron a baqueanos, peones y algunas familias de la zona, testigos directos de las actividades de los viajeros, se concluye que muy probablemente su conocimiento sobre los objetos extraídos y su destino fue certero. Estas experiencias pasaron a formar parte de memorias individuales y aportaron en distinto grado a la conformación de memorias colectivas, incorporando en el relato la perspectiva de distintos actores con algunas variaciones. Estos relatos se fueron objetivando e incorporando gradualmente a los recuerdos de la comunidad. En simultáneo, las memorias individuales se complejizaron y complementaron con las experiencias sociales del resto de la comunidad que estaba involucrada solo indirectamente con los trabajos de excavación y los expedicionarios a cargo. Las descripciones, la circulación de relatos, los movimientos alrededor del campamento, el traslado de objetos y el tránsito de personas que no eran de la zona, fueron eventos relevantes para la comunidad y, en torno a ellos, pudieron generarse una o varias versiones sobre las actividades de exploración que se desarrollaron en la localidad.

Quienes tuvieron vínculos más o menos estrechos con los exploradores, le aportaron información a la comunidad y contribuyeron a la construcción de un perfil de las identidades de esos individuos, dando lugar a la creación de personajes que la comunidad apenas conocía: hombres de origen europeo, en este caso, germanoparlantes, y enviados por instituciones académicas de la provincia de Buenos Aires, Capital Federal o Tucumán. Debe considerarse también que, con anterioridad a estos eventos, la región ya contaba con antecedentes de exploraciones de distinta naturaleza. Por lo tanto, y como consecuencia de la presencia recurrente de agentes foráneos, adquiere sentido la percepción de una continuidad en esas prácticas a

través del tiempo por parte de la comunidad. Esa continuidad también es percibida por la presencia repetida de esos personajes en determinados espacios asociados a la aparición de objetos de “los antiguos”. La asociación de estos lugares con los viajeros y la extracción de objetos pudo generar la construcción de espacios de conmemoración, donde se superpusieron distintos eventos históricos significativos para la sociedad; por un lado, la ocupación de estos sitios por las comunidades prehispánicas y, posteriormente, la llegada de los exploradores a excavarlos, especialmente los cementerios arqueológicos.

Dependiendo del grado de identificación alrededor de estos espacios en la comunidad, ya sea por una relación de continuidad con respecto a las poblaciones prehispánicas (Mancini et al. 2017), por un reconocimiento de los materiales arqueológicos como bienes locales cargados de significados y sentidos de pertenencia o, simplemente, por el hecho de considerarlos objetos con valor económico, las excavaciones arqueológicas generan, en muchos casos, descontento en la población. Esto nos lleva a pensar en cómo las actividades desarrolladas en nombre del quehacer científico provocan diferentes reacciones en las comunidades. Por un lado, se destaca el apoyo a quienes realizan investigaciones arqueológicas por sus aportes en la interpretación del pasado regional, y por el otro, existe un rechazo al traslado de los materiales fuera de las localidades, ligado al riesgo de su desaparición, al asociarse la práctica arqueológica con la extracción y apropiación de estos objetos.

Con el paso del tiempo, las prácticas científicas han buscado modificar su vínculo con la población, como sucede con los cambios propuestos por la arqueología pública, que busca cuestionar las prácticas realizadas en el campo y generar un acercamiento y compromiso político de los arqueólogos con las comunidades, intentando compartir los resultados de sus investigaciones e integrar en sus interpretaciones las valoraciones de las comunidades para construir una versión participativa de la materialidad arqueológica que sea representativa y pueda ser apropiada por la comunidad (Salerno 2013). Sin embargo, las intenciones de quienes ejercemos la arqueología se ven afectadas por el pasado de las investigaciones. Como hemos visto para el valle de Hualfín, las memorias colectivas fueron construyendo un imaginario sobre la práctica de la arqueología que fue alimentado por proyecciones de estas experiencias del pasado. En cada nueva campaña, más allá de las prácticas que nos diferencian de aquellos expedicionarios, esas proyecciones se ven actualizadas a partir de nuevas asociaciones y experiencias vividas por quienes conservan y comparten estas memorias. Y en este punto, un aspecto importante que surge del análisis es la falta de reacciones explícitas sobre la disconformidad que generan las prácticas arqueológicas.

En este sentido, debemos indagar en los condicionamientos históricos dados por el contexto político y científico nacional en el que se realizaron las primeras exploraciones. En esos tiempos de consolidación del Estado nación a fines del siglo XIX, el papel de las investigaciones científicas fue clave para apoyar concepciones evolucionistas que defendían la idea del progreso de la civilización, donde se buscaba construir una imagen de nación como la continuación natural del pasado, buscando constituir un nosotros nacional, tratando de legitimar a partir de esta supuesta profundidad temporal el poder de esta nación en constitución (Crespo 2005).

Las opiniones y posicionamientos que se diferenciaban de las interpretaciones científicas pudieron ser foco de crítica o acusadas de ir contra el progreso científico y el desarrollo de la nación, siendo estas presiones posiblemente uno de los motivos de algunos silencios que no necesariamente actuaron de forma pasiva, sino que se encuentran vivos y comprenden formas de resistencia a la espera de condiciones propicias para responder al exceso de discursos oficiales (Pollak 2006). Por lo tanto, sostenemos que no debe confundirse la falta de reacción con pasividad, la inclusión de distintos relatos —en algunos casos desfavorables— sobre el trabajo arqueológico en las memorias colectivas puede considerarse una forma de agencia de las comunidades en respuesta a esas prácticas.

Un punto interesante que se desprende de este trabajo y se vincula también con la problemática acerca de las relaciones entre las prácticas científicas y la sociedad, es el hecho de que las fuentes utilizadas pueden convertirse en tecnología simbólica para la comunidad, al ser incorporadas como parte de su mitología y cosmovisión (Choque Mariño y Díaz Araya 2015). A partir de un proceso de apropiación se logra establecer una relación simbólica y funcional en torno a esta materialidad. Por lo tanto, la revisión y la visibilización de estas fuentes aportan elementos a la construcción de las memorias locales que podrían ser potencialmente incorporables como tecnología simbólica para las reivindicaciones comunitarias. Por lo tanto, es imprescindible continuar con el acercamiento y vinculación de los investigadores a la comunidad a partir de actividades que permitan dar a conocer las temáticas trabajadas y complementarlas con actividades artísticas y culturales que generen canales que dialoguen y den voz a las construcciones simbólicas de la comunidad en relación con la materialidad arqueológica y las realidades locales.

El resultado de este estudio nos brinda un primer acercamiento a la caracterización de las relaciones históricas que se construyeron alrededor de la práctica arqueológica y nos permite tener algunos indicios sobre las causas de algunas valoraciones negativas de los arqueólogos en la actualidad.

Esto nos invita a ahondar sobre los estudios de las memorias colectivas desde un enfoque etnográfico, y así contrastar nuestras interpretaciones con las lecturas del pasado que aporten los pobladores de la Ciénaga en la actualidad.

Finalmente, un aspecto que también debe abordarse con mayor profundidad está relacionado con la idea de memoria colectiva no solo como un producto de memorias compartidas, sino como un flujo de interacciones dinámicas que entrama tradición, experiencias individuales y superposiciones de voces diversas. En esta multivocalidad, sin embargo, debe tenerse en cuenta que unas voces pesan más que otras y son más o menos visibles de acuerdo a las estructuras organizacionales de la comunidad y a las relaciones de poder que se entretejen a partir de esas

estructuras (Jelin 2002; Castro Flores e Hidalgo Lehuédé 2008). Es decir, una vez analizados los procesos de constitución de las memorias individuales y colectivas, un aspecto importante a tratar, y que abordaremos en futuros trabajos, es cómo el poder afecta estos procesos, imponiendo unas memorias sobre otras.

Agradecimientos

A las comunidades de La Puerta de San José y La Ciénaga. A la División Arqueología (Museo de La Plata). Este trabajo fue realizado en el marco de proyectos de CONICET, Universidad Nacional de La Plata y Agencia Nacional de Promoción de la Investigación, el Desarrollo Tecnológico y la Innovación.

Referencias Citadas

- Balesta, B.; Valencia, C.; Flores, M.
2005. "Historia local y pasado prehispánico en Azampay (Catamarca, Argentina)". Publicación electrónica del I Congreso Latinoamericano de Antropología. Formato CD.
- Balesta, B. y N. Zagorodny.
2000. Memorias e intimidades de una colección arqueológica. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 25:41-50.
- Balesta, B. y N. Zagorodny.
2010. *Aldeas protegidas, conflicto y abandono: investigaciones arqueológicas en La Ciénaga, Catamarca, Argentina*. Ediciones Al Margen, La Plata.
- Balesta, B.; Zagorodny, N.; Alosilla, J.; Iucci, M. E. y Valencia, M. C.
2006. Valoración del Patrimonio Arqueológico y Explotación Turística en Belén. *Actas del II Congreso Nacional de Extensión Universitaria*, pp. 601-604. Ediciones Suárez, Mar del Plata.
- Barria, M.; Batalla, Y.; Bottari, C.; Fasciglione, L.; Gauna, M. E.; Martínez, C.; Velásquez, E.; Landini, M. C. y Wynveldt, F.
2019. Entre cucharines y lapiceras. Una experiencia de difusión arqueológica en escuelas de Catamarca. *La Zaranda de Ideas* 16(2):79-93.
- Bruch, C.
1904. Descripción de algunos sepulcros calchaquís: resultado de las excavaciones efectuadas en Hualfín (Provincia de Catamarca). *Revista del Museo de La Plata* 11:13-27.
- Bruch, C.
1913. Exploraciones arqueológicas en las provincias de Tucumán y Catamarca. *Revista del Museo de La Plata* 19(1):1-209.
- Castro Flores, N. y Hidalgo Lehuédé, J.
2008. Usos del pasado y memoria familiar. Cacicazgo de Tacna, 1719. *Diálogo Andino* 32:21-43.
- Choque Mariño C. y Díaz Araya, A.
2015. El archivo familiar de "Modesto Mena" como tecnología simbólica. Identidades, conflictos y memorias colectivas en los altos de Arica. *Diálogo Andino* 46:123-142.
- Crespo, C.
2005. "Qué pertenece a quién": Procesos de patrimonialización y Pueblos Originarios en Patagonia. *Cuadernos de Antropología Social* 21:133-149.
- Farro, M. E.
2008. *Historia de las colecciones en el Museo de la Plata, 1884-1906: naturalistas viajeros, coleccionistas y comerciantes de objetos de historia natural a fines del Siglo XIX*. Tesis Doctoral. Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata, La Plata.
- Furque, H.
1900. Las ruinas de Londres de Quimivil. *Anales de la Sociedad Científica Argentina* 50:166-171.
- González, A. R.
1955. Contextos culturales y cronología relativa en el área central del N.O. argentino. *Anales de Arqueología y Etnología* 9:7-32.
- González, A. R. y G. L. Cowgill.
1975. Cronología arqueológica del Valle de Hualfín, Pcia. De Catamarca, Argentina. Obtenida mediante el uso de computadoras. *Actas del Primer Congreso de Arqueología Argentina*, 383-404. Museo Histórico Provincial Dr. Julio Marc, Buenos Aires.

- Iucci, M. E.
2016. *Producción, uso y circulación de cerámica tardía en el valle de Hualfín, (Catamarca, Argentina)*. Sociedad Argentina de Antropología, Buenos Aires.
- Iucci, M. E.; Wynveldt, F. y Zagorodny, N.
2008. Investigación, docencia y extensión en el Departamento de Belén (Catamarca). *VII Jornadas Nacionales de Extensión Universitaria*. En formato CD, San Luis.
- Jelin, E.
2002. *Los Trabajos de la Memoria*. Siglo XXI, Madrid.
- Mancini, C. E.; Acevedo, V. J. y López, M. A.
2017. Peñas Blancas y sus narrativas: la construcción del discurso sobre el patrimonio cultural y la memoria local en Quebrada de Humahuaca (Jujuy, Argentina) *Diálogo Andino*. 54:153-180
- Nacuzzi, L. R. y Lucaioli, C. P.
2011. El trabajo de campo en el archivo: campo de reflexión para las ciencias sociales. *Publicar* 9:47-62.
- Pollak, M.
2006. *Memoria, olvido y silencio. La producción social de identidades frente a situaciones límite*. Al Margen, La Plata.
- Quiroga, A.
1901. *Lacruzen América. Arqueología Argentina*. La Buenos Aires, Buenos Aires.
- Rock Núñez, M.E.
2016. Memoria y oralidad: formas de entender el pasado desde el presente. *Diálogo Andino*. 49:101-112
- Salerno, V.
2013. Arqueología pública: Reflexiones sobre la construcción de un objeto de estudio. *Revista Chilena de Antropología*. 27:7-37
- Sempé, M. C.
1987. La colección Benjamín Muñiz Barreto del Museo de La Plata. *Novedades del Museo de La Plata* 11(1):1-8.
- Weiser, W. y Wolters, F.
1920-1929. Diarios, Libretas de Campo y Fotografías de la Colección Benjamín Muñiz Barreto. División de Arqueología, Museo de La Plata. Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata.
- Wynveldt, F.
2009. *La Loma de los Antiguos de Azampay: un sitio defensivo del Valle de Hualfín, Catamarca, Argentina*. Sociedad Argentina de Antropología, Buenos Aires.
- Wynveldt, F. y Balesta, B.
2018. *Las dimensiones del paisaje tardío en el Valle de Hualfín (Belén, Catamarca)*. Sociedad Argentina de Antropología, Buenos Aires.
- Zagorodny, N.; Balesta, B. y Wynveldt, F.
2015. Resultados preliminares de las investigaciones arqueológicas en el sitio La Estancia (Departamento de Belén. Catamarca) en el marco de una experiencia educativa. *Revista del Museo de La Plata Sección Antropología* 14(88):1-10.